



HOMILÍA DEL OBISPO FERNANDO VALERA

VIERNES SANTO 2026

Nos situamos hoy ante el silencio más elocuente de la historia. Nos hemos postrado ante el altar desnudo, símbolo de una vida que se ha vaciado por entero. No celebramos una derrota, sino el **"refulgente misterio de la cruz"**. La liturgia de hoy nos susurra una verdad que estremece el alma: todo este despliegue de dolor y de entrega ha sido realizado **«por nosotros»**.

En este Siervo, herido y humillado, vemos el rostro de tantos hermanos nuestros que sufren en nuestra tierra zamorana, en la soledad de nuestros pueblos, en la enfermedad y el olvido. Pero mirad qué misterio tan grande: **«sus cicatrices nos curaron»**. Cristo no nos salva desde la distancia de un trono lejano, sino asumiendo nuestras llagas en Su propia piel. Es el Siervo que encuentra su nombre definitivo en la Cruz, recordándonos que solo el amor que se hace servicio es capaz de redimir el mundo.

La Carta a los Hebreos nos presenta a Jesús como el **Sumo Sacerdote**. Pero no uno que ofrece sangre ajena en ritos exteriores. Él entra en el santuario del cielo con su propia sangre. Él es, a la vez, el que ofrece y el que es ofrecido.

Me conmueve pensar en ese Jesús que, **«a gritos y con lágrimas»**, aprendió a obedecer. Es **la obediencia del corazón**. Es la humanidad de Dios llevada al extremo. Él sabe lo que es la tentación, sabe lo que es el miedo, sabe lo que es el peso de la existencia. Por eso, su sacerdocio es de una ternura infinita. Hoy, al mirar al Crucificado, no vemos a un Dios impasible, sino a un Hijo que confía plenamente en el Padre, invitándonos a nosotros a poner nuestra fragilidad en sus manos llagadas.

Finalmente, la Pasión según San Juan nos muestra al **Rey**. Pero, ¡qué extraña realeza! Su corona es de espinas y su trono es un madero. Ante Pilato, Jesús reina dando testimonio de la Verdad: y la Verdad es que **Dios ama al mundo hasta el extremo**. Desde ese madero de la Cruz, Jesús ejerce su soberanía

atrayendo a todos hacia Sí. Es allí donde nace la Iglesia. Mirad el costado traspasado: de la sangre y el agua brota la vida nueva. Encomendando a su Madre al discípulo amado, nos regala una familia. Al entregar el Espíritu, nos comunica su propia vida.

Ante el misterio de la Cruz, solo cabe la **adoración y el silencio**.

Dejémonos alcanzar por ese amor que se entrega "por nosotros". Que al besar hoy la Cruz, sintamos el compromiso de ser, como Diócesis que peregrina en Zamora, una Iglesia que sabe estar al pie de las cruces de los demás, ofreciendo consuelo, esperanza y la certeza de que, en las heridas de Cristo, toda nuestra vida —con sus luces y sus sombras— ha sido definitivamente abrazada por Dios.

Que el silencio de este día guarde en vuestro corazón la semilla de la Esperanza.